

LOS JUANETES DE MI ABUELA

Dolores Blume

Tras una semana en Madrid habituándome otra vez a la ciudad, después de haber pasado todo el verano en el pueblo, decidí volver a casa. No sabía qué me estaba ocurriendo, añoranza supongo. Me pasé la semana entera llorando, excepto el día que fui a rodar un anuncio, ese día tenía que estar presentable, ser fuerte y profesional. Al volver hacia mi piso, llamé a mi amiga Marta. Le dije que me sentía como una niña pequeña.

El jueves cogí el ave de las 11:30 Madrid-Lleida. Llegué a las 13:35, como prometía Renfe. Ya en el coche dirección a mi pueblo, me sentí aliviada, el dolor de tripa se había esfumado, pero sabía que era temporal. En cuanto cogiera el tren de vuelta a Madrid, los nervios volverían. Se supone que estoy viviendo la vida que quiero vivir, pero aún así, me cuesta vivirla.

Vuelvo al hogar en el que puedo seguir siendo una niña pequeña. Como y me tumbo en el sofá. Duermo la siesta. Por la tarde voy a ver a mis abuelos. Me calman. Mi abuelo no dice nada, siempre callado, aunque de vez en cuando sonrío. A veces me pregunto si sonrío porque sabe de lo que hablamos o para disimular. Su demencia lo hace vivir en una pausa constante, pero creo que tiene momentos de lucidez y para que no pensemos que no está presente, de vez en cuando nos regala una sonrisa. Mi abuela, en cambio, habla mucho. Siempre tiene cosas que contarme o cosas que preguntarme. A ella le duele todo, la espalda, las rodillas, sobre todo una y casi no puede ni andar. Se sienta en el sillón de su madre y estira la pierna. Yo le quito las zapatillas y le hago un masaje en sus pies blancos, viejos y arrugados, llenos de venas violáceas. Tiene los pies fríos. Me fijo en sus juanetes, tan pronunciados. Sus dedos inmóviles, rotos.

Recuerdo cuando la operaron de juanetes. Le rompieron los dedos. ¿Cómo puede una persona caminar con los dedos rotos? Me pregunto si heredaré sus juanetes cuando sea vieja, si llego a vieja. La idea de envejecer y morir me aterra. Ojalá poder pausar el tiempo, como mi abuelo. Pausarlo de verdad.

Ahora sus pies están mayores, y sus uñas algo amarillentas. Mi abuela siempre ha sido muy presumida, recuerdo aquel pintaúñas que se ponía, rosa anacarado. Cómo lo llamábamos mis amigas y yo, el color de las abuelas. Le pregunto si quiere que le pinte las uñas y ella me contesta que no, que ya está muy mayor para esas cosas. Llevo sandalias, me miro los pies. Están ligeramente bronceados del sol y la piel es joven. Miro mis pies y los de mi abuela, 65 años de distancia entre unos y otros.

Me tumbo en el sofá y le cojo la mano a mi abuela. Manchas oscuras se esparcen por ella, intento cogerlas y le pellizco la piel tan fina que tiene. Me pregunta por el trabajo y otra vez me entran las ganas de llorar. ¿No ensayas con tu grupo de teatro? Me dice. Cómo le explico sin entristecerla que ese grupo está a punto de romperse, que cada una va por su lado y que a pesar de haber vivido siete años en Madrid y de haber conocido a infinidad de personas, me siento muy sola. Me aguanto el llanto y cuando puedo le contesto que no tenemos tiempo para ensayar.

Acompaño su mano hacia mi cabeza y le digo que me toque el pelo. Ahora solo necesito eso. Se me escapa una lágrima, pero me limpio rápido para que no me vea. Me cuesta pedir que me cuiden pero, necesito urgentemente que me cuiden. La mano de mi abuela acariciándome el pelo me hace sentir como si volviera a los siete, porque lo único que quiero es seguir siendo una niña pequeña. Quiero volver a ser pequeña.

Son las cinco y media de la tarde, me levanto y preparo la merienda. Mi abuela siempre guarda una bolsa de cacao en polvo en la despensa. Preparo un chocolate y lo sirvo en tres tazas. Cojo el bizcocho que guarda mi abuela en el armario, por si acaso hay visita. Corto tres trozos y merendamos juntos. Mi abuelo se lo come todo, aunque su expresión no muestra agrado por la comida, más bien indiferencia. Le pregunto si le ha gustado el chocolate, me dice que sí pero sigue en su pausa. Mi abuela es muy golosa, veo en su cara como disfruta del chocolate y yo también disfruto de él, como cuando era una niña.

Tras pasar la tarde entera con mis abuelos, vuelvo a mi casa y en el camino me doy cuenta de que debo ser mayor, pero no quiero serlo. Siento que no estoy preparada para la vida adulta. Siento que no estoy preparada para los golpes que me esperan, para los dolores de tripa, los nervios. Crecer es darse cuenta de que las cosas que creíamos eternas en realidad no lo son. Porque en esta vida, todo es efímero y creo que no estoy preparada para comprender que no todo es para siempre.

Al lado de mis abuelos, yo siempre seré una niña, pero ellos no son eternos. Cuando no estén, ya no podré ser la niña pequeña.

Entonces tendré que crecer.